



Academia General del Aire 1993

IGNACIO MARTINEZ EIROA
Teniente General de Aviación

EN 1993, Dios por delante, la joven Academia General del Aire cumplirá sus primeros 50 años. La fecha reviste una importancia excepcional porque la creación de la Academia coincide con la entrada del Ejército del Aire, que hasta entonces había vivido bajo tutela, en su mayoría de edad -no en los papeles pero sí en la práctica-. En los papeles, al Ejército del Aire se le reconoció su personalidad en virtud de la Ley de 7 de octubre de 1939, que organiza el Ejército del Aire; hasta esa fecha existía sin haber nacido como se pone de manifiesto en el preámbulo de la Ley, que dice: "Ninguna disposición ha consolidado hasta ahora con la fuerza legal que corresponde a su importancia la existencia del Ejército del Aire. Es preciso además definirlo; determinar

quién ejerce su mando supremo, cuáles son las Armas, Cuerpos y Servicios que lo integran y aquéllos otros elementos básicos de su estructura en los que fundamentar luego las disposiciones precisas para su eficaz organización y funcionamiento. A ello tiende la presente Ley que, al satisfacer esta necesidad, ratifica lo que la experiencia de la guerra acreditó como eficaz y conveniente". Es decir, la Ley reconoce no solo su existencia previa, sino la conveniencia y eficacia con que actuó en la guerra. Existía y era eficaz y conveniente, en consecuencia había que poner sus papeles en regla. Y fue lo que se hizo.

Con la citada Ley de 7 de octubre del 39 la Aeronáutica española entró en la edad adulta. La era del globo fue su infancia, la del aeroplano su adoles-

encia y la del avión su edad adulta. Como en el hombre, el paso de una a otra edad no supuso un salto brusco, sino un suave deslizarse manteniendo, durante un tiempo, caracteres de ambas edades. Los globos y los aeroplanos coincidieron algún tiempo y lo mismo ocurrió con los aeroplanos y los aviones. La Real Academia no distingue entre aeroplanos y aviones pero nosotros, los aviadores, sí. A nadie se le ocurriría llamar aeroplano a un Phantom o a un F-18 y, sin embargo, es la denominación que encontramos natural para designar a un Maurice Farman-7 o al triplano Barrón. Para nosotros "aeroplano" y "avión" son algo más que palabras, son dos mundos distintos, uno de campo abierto y aire libre, de lona y alambres, de soñadores vestidos con guardapolvos y con la

visera de la gorra hacia atrás que volteaban las hélices a mano, y otro de aceros especiales, silbar de turbinas, trajes anti-g, velocidades supersónicas, keroseno y espacio aéreo controlado. Dos mundos tan alejados entre sí como los trirremes de Salamina y el submarino Nautilus o como las palomas mensajeras y las comunicaciones por satélite.

Su Majestad Don Alfonso XII dio fe del nacimiento de la Aeronáutica española con la firma de un Decreto el 15 de diciembre de 1884 en el que, por primera vez, se cita a los globos como elementos integrantes de los ejércitos. La era del globo, como la infancia, es esa edad en la que uno sabe adonde quiere ir pero casi nunca lo consigue.

La era del aeroplano representa la fase juvenil, desenfadada y aventurera de la adolescencia y se inició en noviembre de 1910 con la decisión, por parte del Gobierno español, de adquirir, en Francia, tres aeroplanos Farman y crear una escuela de pilotos que se emplazó en el Aeródromo de Cuatro Vientos y que finalizó su primer curso en agosto del año siguiente con la entrega de los títulos de piloto a los capitanes de Ingenieros Kindelán, Herrera y Arrillaga y a los tenientes de la misma Arma, Barrón y Ortiz Echagüe, todos ellos antiguos aerosteros. En esta época aún quedaban mares por cruzar y cielos intactos. Fue la época de los grandes vuelos y también la de la primera sangre de aviadores derramada en acción de guerra. Y en ella se escribieron los primeros nombres en esa lista, siempre incompleta, de los que vuelan más alto.

Como escribí más arriba, en 1939, por Ley de 7 de octubre, se reconoce y legaliza la existencia del Ejército del Aire y éste es el principio oficial de la edad adulta. Atrás quedaban dos guerras y muchas ilusiones, conquistas, tragedias, esfuerzos y aventuras y la evidencia manifiesta de que el hombre, que ya era señor de mares y tierras, iba a ser, también, muy pronto, dueño del aire y que la realidad de este dominio cambiaría la manera de pensar, de actuar y de vivir del hombre al ofrecerle unas posibilidades apenas soñadas muy pocos años antes. Naturalmente, el hombre, unos pocos

hombres, fueron los principales protagonistas de esta gran aventura, con la complicidad de unos rudimentarios elementos mecánicos, de las nubes y del viento. Pero aquellos hombres no eran más... ni menos, que unos heroicos e ilusionados "espontáneos" que saltaban al ruedo del cielo, a veces con la complacencia de la autoridad competente y otras con su oposición, vistiendo los más variados uniformes e imbuidos de las más diversas doctrinas. Había llegado el momento de "normalizar el reclutamiento de la futura oficialidad de este Ejército, acogiendo, seleccionando y encauzando a nuevos núcleos juveniles que se sientan atraídos hacia la aviación por una vocación resuelta" según decía el primer párrafo del Decreto de creación de la Academia General del Aire, de fecha 23 de julio de 1943.

A partir del 7 de octubre de 1939 el Ejército del Aire ya existía pero aún no tenía su propia "cantera". Es verdad que a lo largo del periodo 36-39 muchos jóvenes españoles habían pasado directamente de las aulas y de los talleres, e incluso del campo o de las faenas del mar, a los distintos centros de instrucción para, en muy breve tiempo, incorporarse a las tripulaciones de los aviones militares. Es decir, ya había aviadores de cosecha propia, pero el cultivo no estaba aún normalizado. Para suplir esta carencia se creó la Academia.

Y continuaba el preámbulo del citado decreto: "La eficacia del Ejército del Aire dependerá en gran medida de la acertada formación militar y técnica de sus futuros oficiales; en el último aspecto es obvio que habrá de perseguirse la especialización exigida por la creciente diversificación de los servicios. Pero no es menos evidente que un solo espíritu debe animar a todo el cuerpo de oficiales, determinando en ellos la voluntad de cooperación, que es condición precisa para el éxito de todo designio colectivo".

Creo que, a cincuenta años vista, podemos decir que el deseo de los fundadores se cumplió y el mismo espíritu de servicio a España, a través del Ejército del Aire, animó y anima a cuantos formamos por primera vez al pie de aquella palmera solitaria que la brisa del Mar Menor mecía suave-

mente. (No se cuantos años vive una palmera, ni cuantos tiene ésta, pues en el año 45 ya se erguía muy por encima de nuestras cabezas, pero creo que sería bonito que un árbol de su misma especie ocupara siempre su puesto en formación con los cadetes de la A.G.A.).

Aquel Decreto de 1943 ha experimentado muchas modificaciones, por ejemplo, para ingresar ya no es imprescindible ser español y soltero, se puede ser española y el estado civil de los aspirantes solo atañe a ellos/as. Sin embargo hay dos Artículos en plena vigencia: el Primero y el Segundo.

El Artículo Primero dice: "Se crea la Academia General del Aire que será establecida en la Base de San Javier".

El Artículo Segundo es más largo y más importante, el más importante de todos. Dice así: "Será misión peculiar de la Academia General del Aire la formación militar de los aspirantes a Oficial de todas las Armas y Cuerpos del Ejército del Aire, elevando y depurando su espíritu de servicio y de sacrificio, su sentido del honor y de la disciplina militar, fomentando su anhelo de perfeccionamiento y de propia superación y cultivando el sentimiento de compañerismo y la voluntad de cooperación con todas las Instituciones armadas".

Mientras éste se conserve no importa que cambien los demás. El Artículo Segundo es el único que hace referencia al espíritu, el resto, hasta el Decimosexto, que es el último, tratan solo de aspectos formales y se han ido modificando a lo largo de los cuarenta y nueve años transcurridos desde la firma del Decreto de creación.

Como todos sabemos, la Academia inició su andadura el 15 de septiembre de 1945 y cuatro años más tarde los componentes de la Primera Promoción eran promovidos al empleo de teniente y se incorporaban a sus destinos. Desde entonces, igual que las olas llegan a la orilla, con una cadencia rítmica y constante, las sucesivas promociones han ido llenando pá-



ginas de la Escalilla hasta llegar, en el año 85, a ocuparla por completo. Cuarenta años después de que la Academia General del Aire abriera sus puertas a aquellos jóvenes "que se sentían atraídos hacia la Aviación por una vocación resuelta" la totalidad del Ejército del Aire era de cosecha propia, aviadores con denominación de origen y año de cosecha, "San Javier 1945" o "San Javier 1975".

Y, también igual que las olas, las sucesivas promociones irán desapareciendo después de dejar impresa su huella en la arena, siempre un poco

no, no son tan veloces como las máquinas. Es preciso insistir, ser tenaces. Los que son, ahora, cadetes, serán los generales del Siglo XXI y tal vez ellos sean capaces de convencer a los, entonces, rectores de la Política de Defensa de que por el aire se llega más pronto a todas partes, sobre todo a la victoria.

En los años transcurridos se han volado, en la Academia, más de seiscientos cincuenta mil horas e impartido millones de horas de clase, pero estos datos no son más que números fríos a los que falta el palpito de la vi-

creo que no debe ser, tan solo, el aniversario de un importante centro de enseñanza. Los aviadores españoles somos los que somos porque la Academia es lo que es y recíprocamente, si el Ejército del Aire no fuera así, la Academia sería de otra forma. Quiero decir, aunque lo diga mal, que se ha cerrado el círculo, que el Ejército del Aire y la Academia son como un ser vivo y su propio corazón, que a donde vayan, van juntos.

Y, además, este primer cincuentenario tendrá una característica singular: será el único al que podrán asistir representantes de todas las promociones que se formaron junto a aquel mar y bajo aquel cielo, alto y claro. De la 1 a la 48, si lo preferís. No todos, por supuesto, pues son ya muchos los que se han quedado en el camino, algunos desesperadamente jóvenes, como el de la copla de Alberti: "madre, ha muerto / el caballero del aire, que fue mi amor / y en el mar dicen que ha muerto / de teniente aviador. / ¡En el mar! / ¡Que joven, madre, / sin ser todavía capitán! /". Ellos también estarán allí: aunque los cadetes de la 48 Promoción, recién ingresados, no los vean, nosotros los sentiremos a nuestro lado como cuando formamos por primera vez y nos cubrimos por estaturas. Y estarán nuestros veteranos profesores... y el "Barbas" nuestro fiel perro que conocía los toques de corneta. Cada promoción con sus profesores y su perro, y sus recuerdos, así hasta la 50 que no tendrá, todavía, profesores... ni perro..., ni recuerdos, ellos solo tendrán sus jóvenes ojos sorprendidos y una ilusión inmensa que les llenará el alma.

Y dos años más tarde, en 1995, siempre con la ayuda de Dios y la autorización del Jefe de Estado Mayor, la Academia abrirá sus puertas -cincuenta años después- para que la 1ª Promoción vuelva a cruzarlas y a formar frente a la palmera, y cuando el más antiguo pronuncie la tradicional voz de mando: ¡por última vez, rompan filas! será la primera vez que un grupo de cadetes de la Academia General del Aire lo hará y nunca volverá a formar (salvo que San Pedro, convertido en oficial de semana, nos pase un día revista y se lleve a unos cuantos al "caimán")■



más alta. La Primera Promoción ha dejado ya escrita su página y ha desaparecido de la Escalilla. La Segunda Promoción lo hará en este año 92. De la Búcker y el HS-42 al C-130 y el F-18; del año 1945, con la alforja llena de ilusiones y vacía de casi todo lo demás, al año 1992, con la alforja tan llena de abalorios que casi no queda hueco para la ilusión. Los medios han progresado espectacularmente pero la Doctrina no ha seguido el mismo proceso; creo que, conceptualmente, el Ejército del Aire de hoy no es mucho más moderno que el de 1945, ni su peso en el conjunto de las Fuerzas Armadas, mucho mayor que el de entonces. Pero ocurre que las ideas nuevas tardan mucho tiempo en abrirse cami-

da, no nos dicen nada del cornetín sonando en la amanecida y atravesando el sueño como una aguja; de los miles de kilómetros recorridos con el "chopo" al hombre; del calor de una amistad distinta a todas y más profunda; de la alegría de las aventuras compartidas; de los millones de anécdotas que dan brillo al tapiz, más o menos uniforme, que es la vida académica; de la emoción del primer vuelo solo; de la densidad de esos cuatro años de vida, tan peculiares, distintos de los ya vividos y de los que faltan por vivir y que, en algunos aspectos, van a influir decisivamente en la trayectoria vital de cada uno.

El cincuenta aniversario de la Academia General del Aire, ya próximo,